

Miss Fifty



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2015

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodocordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Rosa Ribas, 2014
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

Ilustraciones: © María Espejo, 2015

IBIC: FA
ISBN: 978-84-15973-50-8
Depósito legal: M-6732-2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Miss Fifty

Rosa Ribas

Ilustraciones de María Espejo



Índice



Capítulo 1 11

Episodio 1

Un rayo misterioso 13

Episodio 2

Están ahí 23

Episodio 3

La archienemiga 35

Episodio 4

Aprendiendo 49

Episodio 5

Nace una superheroína 57



Capítulo 2 65

Episodio 1

Los visitantes 67

Episodio 2

¿Quién eres? 75

Episodio 3

Por fin nos vemos 85

Episodio 4

Kriptonita 95

Capítulo 3 109

Episodio 1

Una ciudad a dieta 111

Episodio 2

Nuevas amistades 123

Episodio 3

¿Hormigas gigantes? 135

Episodio 4

¿Quién es la Hormiga Atómica? 145

Episodio 5

¡Maldita kriptonita! 157

Episodio 6
Lucha en el subsuelo 167

Capítulo 4 175

Episodio 1
No es fácil ser una superheroína 177

Episodio 2
1 + 1 = Bola 187

Episodio 3
A palabras necias... 201

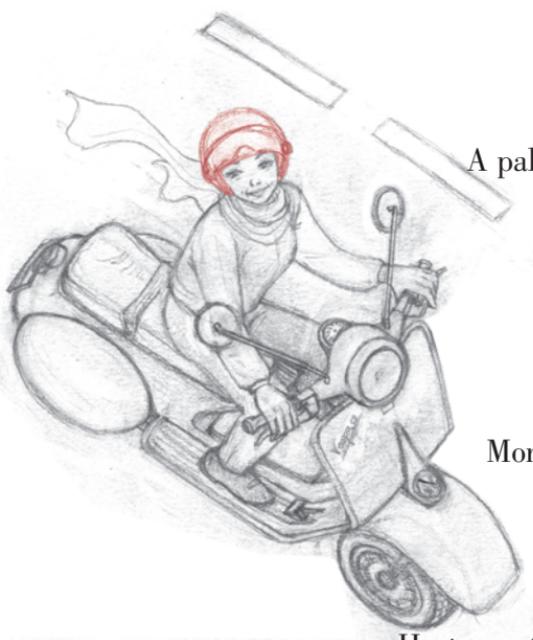
Episodio 4
...oídos sordos 211

Capítulo 5 223

Episodio 1
Monstruos marinos 225

Episodio 2
Respect 239

Episodio 3
Hasta aquí hemos llegado 249



CAPÍTULO I



Episodio I

Un rayo misterioso

—**M**E VOY A LA RADIO —le dijo Marta Ferrer a su compañera de despacho.

—Ponme una canción dedicada.

—Pues será la última.

—¿Ya está? ¡Felicidades! ¿Lo vas a celebrar?

—José Luis y yo saldremos a cenar.

Marta Ferrer apagó el ordenador, cogió la chaqueta y salió de la oficina. Bajó los cuatro pisos por la escalera —“El ejercicio es sano, Marta. Procure moverse aunque le cueste”— y abandonó el edificio de la Delegación de Hacienda en la Plaza de Letamendi. Su moto la esperaba con la rueda delantera ladeada como si estuviera echando una cabezadita al tibio sol de primavera. La despertó abriendo el cajetín para sacar el casco. Se lo puso y levantó el vehículo. Llevaba dos meses, desde la ope-

ración, haciéndolo con la izquierda, pero los movimientos todavía no se habían automatizado. No era tan difícil como cambiar de mano al escribir, ni siquiera como cepillarse los dientes con la mano contraria, pero aun así todavía tenía que concentrarse en una acción que antes había sido mecánica.

Con todo, lo importante era que seguía desplazándose en moto.

Ahora que los ciclistas se habían lanzado al asfalto de Barcelona, había crecido la lista de rivales con los que tenía que competir por las escleróticas vías de la ciudad. También se habían alterado las relaciones en el tráfico, ya que los automovilistas odiaban aún más a los ciclistas que a los motoristas.

Esto no era lo único que había cambiado desde que había empezado a moverse en moto con veinte años. Entonces, cuando serpenteaba entre los coches para llegar a la primera línea delante del semáforo, sentía las miradas de los conductores clavadas en su espalda y tenía la impresión de que algunos le cedían el paso en una especie de “pase, pase, señorita”, aunque solo fuera para mirarle el trasero.

En los últimos años, si era sincera, en los últimos diez años, la impresión era otra. Mientras maniobraba con la moto entre los desfiladeros de coches parados, las miradas de los hombres, a veces también las de las mujeres,

que captaba en los retrovisores le decían “a ver si se cae la vieja”.

A pesar del tráfico y de algún posible mal deseo, solo tardó quince minutos en llegar a la Vía Augusta.

Aparcó la moto delante del edificio.

Con paso firme, Marta entró en la clínica radiológica.



“ES CURIOSO —pensó— que resulte más fácil acostumbrarse a los gestos y las rutinas de la radioterapia que a mover la moto con la izquierda”. Tal vez se debiera a que en la sala de la radioterapia ella no podía ni debía hacer nada. Su papel era tumbarse, levantar los brazos y quedarse quieta mientras el personal médico se movía con la obsesiva precisión de hormigas atendiendo a la reina. “Soy la reina de las hormigas blancas”. Reina durante los quince minutos que duraba la radiación, una reina a punto de abdicar.

—La última sesión, Marta. Esto se acabó —le dijo la doctora—. La vamos a echar de menos.

Le devolvió la amable mentira diciéndole que ella también lo haría.

—Supongo que lo celebrará.

—Esta noche mi marido me ha invitado a cenar.

“Ya está, ya está, ya está”. Iba cantando ella por dentro.

La última sesión de radio, un mes y medio, cada día. Antes, tres meses más de quimioterapia y una operación en la que le habían extraído lo que quedaba del tumor. Había podido conservar parte del pecho y se llevaba una cicatriz.

“Ya está, ya está, ya está”.

Le costaba quedarse quieta.

Cerró los ojos. La máquina inició su recorrido habitual guiada por las marcas dibujadas con rotulador sobre su piel, como una cortadora de cuero siguiendo el patrón. Había calculado que con la superficie que recorrería en su cuerpo como mucho habrían sacado para un monederito. Se lo había comentado a José Luis y este, como era de esperar, había puesto cara de horror.

De pronto, a través de los párpados cerrados, le pareció percibir un fulgor intenso, primero azul y después blanco. Abrió los ojos, pero el resplandor la había cegado y no distinguió más que contornos borrosos. Después, una ola de calor empezó en la zona del pecho derecho y se extendió por todo su cuerpo. Le ardían los dedos de las manos y de los pies. Se le escapó un gemido de dolor.

—¿Pasa algo, Marta?

La voz de la doctora le llegó desde la cabina en la que controlaba los aparatos.



—¿No lo ha visto?

—¿Qué?

—El rayo blanco.

—No. ¿Está bien? ¿Podemos seguir?

No sabía si estaba bien, pero podían seguir. Porque era la última. “Ya está, ya está, ya está”.

Al terminar, repitieron la misma conversación y ella volvió a constatar que la doctora no había visto el rayo, el rayo misterioso que no hacía nido en su pelo, como en el tango, sino en sus manos y pies que seguían ardiendo. Pero, según le decían, todo estaba bien.

—Hemos terminado, Marta.

“Ya está, ya está, ya está”. Solo quería salir de la clínica.

La moto la esperaba adormilada de nuevo, ya estaba algo vieja. “A casita, que hoy lo celebramos”. No se puso los guantes con la esperanza de que el frío del camino la aliviara de esa desagradable reacción.



SENTÍA TODAVÍA un intenso calor en las manos y los pies cuando aparcó la moto delante de su casa. Le habían dado el resto del viernes libre; no todos los días se acaba con éxito un ciclo de radioterapia. Faltaban varias horas hasta que salieran a cenar para celebrar esa ocasión excepcional que representaba a la vez la vuelta a la normalidad. Normalidad. Lo que más deseaba.

Normalidad era, por ejemplo, el supermercado chino a dos puertas de casa. Decidió celebrarla comprando un par de cosas para la cena del día siguiente, que sería una cena “normal”.

Entró, saludó al dependiente, un anciano chino que apenas chapurreaba dos palabras en español y “bon dia” en catalán para dar la bienvenida, y fue directamente a la estantería en la que estaban las latas de tomate triturado. Mien-

tras se decía que era absurdo mirar la fecha de caducidad de algo que pensaba usar en pocas horas, la puerta del supermercado se abrió con brusquedad y oyó unos gritos:

—¡Abre la caja! ¡El dinero!

Salió de detrás de la estantería, se acercó de puntillas al lugar de donde procedía la voz y vio a un hombre de unos treinta años amenazando con un enorme cuchillo al vendedor chino, quien movía las manos atribulado y no atinaba a abrir la caja. Se quedó quieta a varios metros de la escena, con una lata de tomate en la mano.

—¡Venga, viejo! Que es para hoy.

Los gritos pusieron todavía más nervioso al hombre y tiró un expositor de chicles que tenía al lado de la caja. Hizo además de agacharse para recogerlos, pero el atracador lo agarró del hombro.

—¡Quieto! Como te muevas, te abro en canal.

Le dio un cachete con la mano libre.

Indignada, Marta dio un paso adelante y tocó con el pie una pila de cartones de leche. El atracador se volvió.

—¿Hay alguien en la tienda?

Dirigió el cuchillo hacia donde estaba ella, un índice amenazador apuntaba a la cara del viejo.

—Señora, no está ya.

¿Cómo que no estaba si la tenía frente a él? Miró al anciano y después al tipo, que agitaba el cuchillo en el aire.

—¿Qué mierda es esta? —dijo con los ojos desorbitados dirigidos hacia la mano con la que sostenía la lata.

Marta también lo hizo, justo para ver cómo su mano traslúcida desaparecía en ese momento. Dejó que su mirada subiera por donde sabía y sentía su brazo izquierdo, que tampoco veía. Ni los pies, las piernas, el brazo derecho. Todo había desaparecido, menos la lata de tomate triturado, que parecía flotar en el aire.

—¿Qué es eso?

El vendedor se encogió de hombros.

El atracador dio un paso hacia ella cuchillo en mano, con los ojos clavados en la lata de tomate. Marta no entendía nada, aún necesitaría tiempo para entender, pero reaccionó. Movi6 la lata y el atracador, a poca distancia de ella, la sigui6 con la mirada. Marta estir6 entonces el brazo izquierdo y levant6 la lata por encima de la cabeza. Los ojos del atracador la siguieron hipnotizados. Avanz6 un paso y, mientras el atracador bizqueaba al ver la lata acercándose como si volara, le propin6 con ella un fuerte golpe en la frente. El tiempo que llevaba usando ese brazo había servido para algo, el tipo cay6 fulminado al suelo.

Iba a marcharse, dejando el bote abollado en el mostrador, cuando el vendedor, mirándola sin asombro aparente a la altura de los ojos, le dijo:

—Lata regalo.

Salió con el bote mientras la mano volvía a perfilar-se, aunque todavía era transparente como una medusa. Por suerte, estaba empezando a llover y los barceloneses, como buenos mediterráneos, huían despavoridos mirándose los pies, así que nadie se fijó en la mujer translúcida que corría apresuradamente a meterse en un portal.

Mientras subía a pie los tres pisos hasta su casa, recuperó la visibilidad. Ahí estaban otra vez los pies pisando los escalones, la mano derecha sobre la barandilla, la izquierda con la lata. Ahí estaba ella otra vez. Pero ¿dónde había estado hacía unos minutos? ¿Qué le había pasado en la tienda? ¿Aquello había sucedido de verdad? El peso del bote de tomate en la mano era una prueba de que sí.

Seguía sin entender nada y por eso mismo decidió que todavía no se lo contaría a nadie. Tampoco hubiera sabido cómo hacerlo. La gente no está preparada para escuchar frases como “hoy me he vuelto invisible en el chino de mi calle”.